

El precio del oro

La relatividad de las cosas es un hecho de antiguo conocido. Pero las sensaciones ilusorias son tan persistentes en el espíritu del hombre, que para desarraigar en el orden físico los últimos restos de ellas, ha sido menester contemporáneamente la intervención de un hombre genial. En el mundo moral habrá de transcurrir todavía bastante tiempo para llegar a un resultado semejante.

Una ilusión de este tipo es la que nos ha llevado a los españoles a mal traer durante bastantes lustros con aquel embeleco de la peseta enferma, que llegó a embaucar a nuestros más esclarecidos economistas de aquella época, que cuando subía la cotización de la moneda extranjera, de las grandes monedas que entonces eran de oro, se ponían las manos a la cebeza y nos auguraban los males más fieros. No les sosegaba el ánimo ver (ya entonces había índices de precios) que los nuestros se mantenían estacionados a través de los años y que por consiguiente la moneda era prácticamente estable en aquello que más importa al consumidor y al comerciante no especulador, es decir, al comerciante que realiza una función distributiva útil. El mejor síntoma de salud de una moneda es que uno y otro sepan, cuando van a comprar un artículo, que les va a costar poco más o menos lo mismo en pesetas.

Se padecía a la sazón la misma ilusión del viajero que cree ver moverse el tren que está al lado al arrancar suavemente el suyo o, a la inversa, que cree en marcha el suyo al observar el cambio relativo de posición de otro que anda, juzgándolo él fijo. Pero el viajero tiene el cuidado de buscar un tercer punto de referencia que se sabe fijo para cotejar su observación. A la gente, incluyendo a los economistas, les ha faltado muchas veces esa elemental precaución. Y de ello ha resultado en

(Viene de la página anterior).

de afanarse, en pujar, asir y sostenerse. Día llegará en que la pugna actual, esta pugna por trabajar menos cada día, pero queriendo vivir mejor, rompa por donde ya está rompiendo ahora... por los precios. Y que entonces se descubra que la esencia de la verdad económica, tiene un origen bíblico en la frase que coronó otro pecado, tal vez no tan grande como el presente: «Comerás el pan con el sudor de tu frente.»

PEDRO RICO RUANO

gran parte este berengenal monetario en que el mundo anda metido y nosotros con él.

Que la variabilidad de los cambios constituye un grave inconveniente en el comercio internacional, no cabe dudarlo. Lo que sí negamos es la utilidad de caer, para evitar ese mal, en el mucho mayor de suprimir el comercio internacional, remedio semejante al de cortar la cabeza del paciente para evitar las jaquecas. Cuando se lograra el peregrino resultado de impedir todo intercambio, no tendríamos indudablemente problemas de cambios, pero habríamos retrocedido a tiempos anteriores a los fenicios, lo mismo que suprimiendo la especialización de las profesiones y oficios volveríamos en la vida interna de las naciones aproximadamente a la Edad de Piedra. Hasta ahora no hemos llegado a tanto; pero no hemos logrado más que substituir el problema del cambio, que era un falso problema, por el problema de las divisas. Y los que han padecido uno y otro dirán cuál es peor.

Consuélenos de los errores de nuestros preteritos economistas las equivocaciones de los ajenos en nuestros días, aun de los de mayor renombre. A poco de acabada la última guerra se instituyó el Fondo Monetario Internacional destinado a fijar de una manera estable, con aspiraciones de permanencia, los cambios de las monedas nacionales y el precio del oro en la moneda tipo: el dólar; y, por ende, en todas las demás. El sistema es uno de esos de los que se suele decir que son buenos en teoría, lo cual sería verdad si pudiese ser buena teoría la que prescinde de la realidad. Demasiado se podía advertir que, si el artilugio no hubiera ofrecido mucha viabilidad como organización universal antes de la primera guerra mundial, y todavía menos después de ella, tras de la segunda se enfrentaba irremediabilmente con el fracaso.

Con economías fuertemente heridas por la guerra y tributarias de la ayuda externa, en un estado de anarquía monetaria y comercial, con niveles de precios que en cada país siguen la aventura de sus políticas nacionales, el azar de las conmociones sociales internas y la suerte incontrolable de mil factores inciertos, es imposible fijar equivalencias a las monedas, que si siempre son inestables, ahora han de resultar erráticas. No quieren convencerse ciertos técnicos de que fijar el precio de una moneda suele ser tan eficaz como fijar el precio del trigo o de la lana.

La situación de las actuales naciones europeas

se parece a la nuestra en que se hallan desconectadas del oro sus monedas, pero nosotros teníamos antaño la ventaja, en el período anterior a 1914 y en el que medió entre ambas guerras, de que nuestros precios eran estables y, si el cambio variaba, se debía principalmente a las fluctuaciones del valor del oro y a las consiguientes del nivel de precios en los países de patrón oro, aparte la compensación de algunas influencias que tendían a desequilibrar accidentalmente el balance de pagos. Un criterio más racional hubiera considerado enfermas a las monedas oro y sana a la nuestra, pero entonces la moda estaba en favor de juzgar tanto más sana una moneda cuanto más se aproximara su cotización a la paridad intrínseca oro, aunque eso creara a los sanos, graves problemas que los enfermos no teníamos. Ha llovido mucho desde entonces.

La diferencia entre nuestro caso y los actuales consiste en que ahora no hay precios estables sino altamente variables. Las naciones que aparentemente logran mantener una estabilidad es mediante un sistema de subsidios en virtud de los cuales el Estado satisface la diferencia por el alza realmente experimentada. Esto es una filfa de estabilidad, una argucia política para tener contento al consumidor, el cual paga como contribuyente lo que hubiera tenido que pagar como mayor precio al comprar las subsistencias. Otra diferencia es que nuestra independencia del oro daba a la peseta una libertad de movimientos que las monedas de los países ahora ligados por el convenio de Bretton Woods no tienen, al menos en teoría.

Bretton Woods con su sistema de paridades fijas ha dado origen a dos órdenes de dificultades, algunas de las cuales ya fueron previstas por algunos especialistas más clarividentes en cuestiones monetarias, sobre todo por Hawtrey (1). Por una parte ha creado una serie de paridades artificiosas entre las monedas, que cada día se encuentran más separadas de la realidad, con el resultado de mantener en permanente desequilibrio los balances de pagos, de lo cual es consecuencia la carestía de dólares y de monedas fuertes, que no son otras que aquellas cuyo valor se halla menos favorecido por la artificialidad del cambio. Esos desequilibrios obligan a contramedidas más complicadas y perjudiciales que sería el reajuste del cambio: recargos aduaneros, controles de divisas, primas de exportación, medidas discriminatorias entre los países de monedas duras y blandas, todo lo cual son acciones de guerra y de retorsión comercial que se ligan mal con la colaboración económica y la

compenetración política que es una necesidad de los tiempos. Por otra parte, se ha caído una vez más en la ilusión de que el oro representa un valor fijo, lo cual es más erróneo respecto del oro que lo sería de cualquier otra mercancía. La apariencia de estabilidad nos la da el simple hecho de que se le tome como punto de referencia, lo cual no quiere decir que el precio sea estable, sino que su variación tiene lugar a expensas de la variación de los precios de todas las demás mercancías. Cuando el oro se desvaloriza, hace subir los precios en general, y cuando se revaloriza, los precios caen.

Y si esto ocurriera oponiéndose al vaivén de los negocios, tendría una influencia reguladora. Mas no es así, porque las depresiones se manifiestan por la baja en la formación de capitales fijos, cosa natural si se tiene en cuenta que en esos momentos la industria ofrece malas perspectivas. Los ahorros que se forman tienden a mantenerse en estado líquido; diría Keynes que hay mayor preferencia de liquidez, pero no es preferencia de liquidez precisamente lo que hay; es falta de estímulo para capitalizar. Ahora bien, cuando eso ocurre, una de las soluciones más apetitosas para el poseedor de disponibilidades es comprar oro. El metal monetario tiene varias ventajas como almacén de valor: 1.ª, es fácil de conservar; 2.ª cuando los precios bajan, hay una segura especulación en guardar oro, con el cual se pueden comprar cada día mayor suma de otros productos; es la única mercancía que no se desvaloriza; 3.ª, si hay patrón oro, se puede convertir en cualquier momento en dinero corriente, con sólo llevarlo al banco emisor, a un tipo fijo; 4.ª, si no hay patrón oro, la tenencia del metal monetario cubre contra los riesgos de una devaluación de la moneda con respecto al oro, peligro muy de temer en épocas de baja de precios (recuérdese que hasta Norteamérica, la nación que tenía más oro, utilizó este recurso para salir de la depresión de hace dieciséis años).

Consecuencia natural de esto es que el oro es muy buscado en tales épocas para ser atesorado, lo cual eleva su precio, es decir, empuja a los demás precios a la baja y agrava la depresión. No así si la moneda no se halla estabilizada, pues entonces lo que hace es bajar su cotización oro, resultado mucho menos dañino.

Hoy existe indudablemente una tendencia depresiva en la economía mundial después de la gran elevación de costes y precios que tuvo lugar durante la guerra y en la primera fase de la postguerra. Esa elevación repercutió también en que el oro cueste más de producir, de modo que si, como Bretton Woods pretende, se mantiene el precio del oro en dólares al tipo de anteguerra, habrá

(1) R. G. Hawtrey - Bretton Woods for Better or Worse. Londres 1946. Longmans (Bretton Woods para bien o para mal).

que cerrar muchas minas menos productivas, y la producción se resentirá, lo que va en contra de los intereses de los países productores, sobre todo del Africa del Sur. Si esto ocurre al mismo tiempo que se intensifica la demanda por las causas que hemos dicho y por las condiciones de inseguridad que prevalecen en el mundo, se manifestará una presión sobre los precios mundiales hacia la baja. Sólo la alteración de la paridad podrá mitigar esa tendencia. Hoy la cotización real del oro es de dos a tres veces la paridad legal.

Un síntoma curioso se está presentando que da la medida de la artificialidad del valor del oro y de las causas que precipitan su alza. Han aparecido en los mercados de oro monedas que no son de cuño legal, aunque difíciles de distinguir de las ver-

daderas, pues la técnica actual permite su imitación perfecta; además, tienen la particularidad de ser de ley y peso igual al de las legítimas. Esta falsificación—falsificación en el orden legal, pero no el comercial—está hecha en algún lugar de Europa y tiene indudablemente por objeto facilitar el comercio de oro con los particulares y eludir restricciones legales al comercio de lingotes. Se parece a la falsificación de los duros sevillanos, famosa en nuestro país en tiempos pasados. En este caso un efecto de las cotizaciones artificiosas que a larga no se pueden sostener, a menos que sea a la horca y el cuchillo, lo que no entra en los procedimientos de las democracias, a no tratarse las democracias orientales.

GERMAN BERNACER